

Las generosidades de Carlos Montemayor

Sandro Cohen



Fotografías: Archivo Carlos Montemayor

CARLOS MONTEMAYOR TENÍA MUCHAS FACETAS. Era poeta, novelista, ensayista, estudioso de los idiomas y las culturas mexicanas, y le fascinaba el canto. En una ocasión recuerdo que se plantó fuera de Avery Fisher Hall —junto a la fuente— y entonó una de sus arias favoritas de Giacomo Puccini, para decir después que había cantado en Lincoln Center. No sé por qué, pero desde que daba clases en la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, todos le decíamos, con reverencia, el Chuck: Carlos *Chuck* Montemayor. Tal vez fue para compensar su habitual seriedad.

Pero para mí, más que nada, Carlos era el fundador de *Casa del tiempo*, una revista universitaria espléndida que era lectura obligada de los años 80. Era una verdadera *casa abierta* y allí entraban pensadores, narradores, poetas, dramaturgos, dibujantes, pintores, fotógrafos..., intelectuales de todos los colores, a completar la experiencia universitaria en un órgano vivo de pensamiento, crítica y creación.

Fue allí donde, por primera vez, me sentí “en casa” dentro de una publicación. Carlos fue en extremo generoso conmigo, pues publicaba sin censura alguna mis ensayos y reseñas sobre libros de poesía. ¡Todo lo que yo pudiera entregarle! Hasta tuvo la gentileza de dar a la luz, en dos números sucesivos y en páginas centrales —como una especie de separata—, una antología de la poesía contemporánea norteamericana que pude armar y traducir por aquellas fechas. Y cuando le hablé de una joven fotógrafa norteamericana que se había dedicado a convivir con las *bag ladies* de Nueva York y a documentar sus vidas tan precarias, Jean-Marie Simon, Carlos —sin titubear— también abrió las páginas centrales de la revista para sus fotografías y un breve texto mío acerca de aquel fenómeno.

Eran años en que la tecnología de la edición evolucionaba con rapidez. Núñez Nava, editor experto, manejaba con soltura cada uno de sus avatares, desde los tipos móviles hasta el novedoso *composer*, que ahora es una antigualla, por supuesto. Él, con la diseñadora gráfica Natalia Rojas, desde Extensión Universitaria en Azcapotzalco, ayudaba a resolver los problemas técnicos mientras Carlos pudo concentrarse en conseguir los mejores contenidos: desde obras de autores jóvenes y prácticamente inéditos hasta dar a conocer las de creadores mayores de Europa y América del Sur, aún desconocidos en México. Cada ejemplar de *Casa del tiempo* era una obra de arte que ponía en alto el nombre de la Universidad Autónoma Metropolitana.

Carlos Montemayor era, asimismo, un gran divulgador de la literatura mexicana. Fue ocurrencia de él juntar a un grupo muy diverso de intelectuales y creadores para dar charlas y conferencias en universidades de Estados Unidos en noviembre de 1981. En el corazón de este esfuerzo monumental figuró el poeta y humanista Rubén Bonifaz Nuño, quien acababa de ver publicada la compilación de su obra poética en *De otro modo lo mismo*, del Fondo de Cultura Económica. Un año antes —cuando el tomo acababa de salir de la imprenta—, en un seminario de doctorado de la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, Guillermo Sheridan me preguntó si me interesaba reseñarlo para la *Revista de la Universidad de México*. Me dio a entender que *obviamente* se trataba de un libro cuya

calidad poética estaba fuera de todo cuestionamiento. Yo no lo había leído aún, así que aproveché la oportunidad para dar mi primera zambullida en una de las obras más ricas de la cultura occidental. Todavía no me recupero.

Así, gracias a Guillermo Sheridan, cuando conocí en persona a Rubén Bonifaz Nuño en el Aeropuerto Internacional Benito Juárez de la Ciudad de México, rumbo a la Universidad de Nueva York (NYU), la Universidad del Estado de Nueva York (SUNY) en Stony Brook y Yale, ya había leído y tenía frescos *El manto y la corona*, *Fuego de pobres* y *Los demonios y los días...* Y pude conocerlo gracias a Carlos, porque estaba yo entre los invitados que él había escogido para hacer aquel viaje: Marco Antonio Campos, René Avilés Fabila, Bernardo Ruiz y Martha Robles.

Carlos Montemayor era *gourmet* y le gustaba acudir a los mejores restaurantes. Pero nos encontrábamos en Yale, y sabía yo que en un campus universitario de Estados Unidos, el mejor lugar para comer tenía que ser la pizzería más cercana, así que sugerí que fuéramos todos, en bola, a la Naples. Allí estábamos todos cuando, entre broma y chanza, vi a Carlos ponerse más blanco que una porcelana inglesa: acababa de descubrir que no traía su pasaporte. Lo había perdido, creía él que en el aeropuerto John F. Kennedy. Se despidió de inmediato y fue a resolver, no sé cómo, el problema. Ahora, cada vez que veo la palabra *Naples* o *Nápoles*, pienso en la pizzería y la cara de susto con que Carlos nos regaló para la posteridad.

En esa época, Rubén Bonifaz Nuño era una especie de secreto a voces, un poeta leído por minorías selectas, un gran universo de conocimiento al cual la mayoría de la gente temía acercarse. Fue mérito indiscutible de Carlos Montemayor sacar a Rubén de su torre de marfil —o, más bien, la Torre II de Humanidades— y ponerlo en medio de una caterva de jóvenes desmadrosos que venía a conquistar la América (septentrional). No es que a Rubén le faltasen amigos, pero sé ahora que le hizo mucho bien rodearse de jóvenes que, lejos de adular o venerarlo de lejos, lo trataban como uno de ellos, como amigo. Algunos lo tuteábamos y otros le hablaban de usted, pero el tono que adoptamos entre todos jamás fue solemne, más bien regocijante y celebratorio de la vida y lo mejor de la humanidad.

Un día durante ese viaje legendario, el gran catedrático Elías Rivers y su esposa Georgina Sabat, también catedrática de la SUNY, invitaron a todo el grupo a comer en su casa. Después de los saludos de rigor, muy bien portados, nos acomodamos alrededor de una mesa larga en la sala de los Rivers. Cuando se impuso el silencio, el doctor Rivers preguntó, solícito y formal, qué deseábamos de tomar. “Por mí no te preocupes, Elías —dijo Rubén con una sonrisa pícaro—. Aquí traigo mi cerveza”, y el traductor de Homero y Catulo sacó una lata de Budweiser que traía desde la pizzería Naples de Yale. Al unísono soltamos la carcajada y empezamos a conocer, realmente, a esa cumbre de civilización, humanidad y buen humor que fue Rubén Bonifaz Nuño.

Carlos Montemayor tuvo esta otra generosidad. Un poco mayor que todos nosotros —salvo por René Avilés Fabila, quien había nacido en 1940—, era visto como discípulo directo del poeta nacido en Córdoba, Veracruz. Y ya tenían una



larga relación de amistad intelectual y literaria. Pero Montemayor no se vio egoísta. Al contrario, cuando tuvo la oportunidad, *compartió* a Rubén con nosotros y lo adoptamos de inmediato. De ese viaje y esa generosidad de Carlos salió la Cofradía de los Calaca, como Bonifaz Nuño mismo y Bernardo Ruiz bautizaron al grupo a partir de ese viaje de 1981.

A Carlos yo le envidiaba su pipa. Con ella se veía muy formal, intelectual y estudioso. Bonifaz Nuño tenía sus trajes de tres piezas y su leontina, es cierto, pero Montemayor fumaba en pipa y todo el mundo comentaba el aire de intelectualidad que de él emanaba con ese artefacto en el cual atizaba tabacos sumamente aromáticos. Pero yo se lo envidiaba por otras razones, pues para mí la pipa no tenía nada que ver con la intelectualidad: mi papá, que había sido obrero y trabajaba en una fábrica como soldador, siempre había fumado en pipa. Y el único libro que leyó completo era *El padrino* de Mario Puzo.

Mi padre había muerto en 1980, en Viernes Santo. Rescaté sus pipas. Cuando la gente empezó a verme fumar en cualquiera de ellas, pensaba que imitaba yo a Carlos Montemayor. Pero no era cierto. Quería, así, traer de vuelta a mi papá, a quien nunca terminé de conocer bien ni a entender. Así sucede, a veces, con los padres. Yo tenía 26 años cuando murió. Pero nunca pude adaptarme a la pipa ni adoptarla como hábito o costumbre. Pero, hasta la fecha, cuando pienso en pipas, no puedo evitar una sonrisa doble: una por mi papá —tan bonachón, de sangre tan ligera y nada intelectual— y otra por Carlos Montemayor.

La poesía de Carlos me entusiasmó desde *Las armas del viento* y *Abril y otros poemas*. Su novela *Mal de piedra* me inquietó sobremanera y solo fue preámbulo de las que serían *Guerra en el paraíso* y *Las armas del alba*. Hacia el final de su vida se lo conocía más como divulgador de los nuevos valores literarios indígenas, y defensor de la cultura autóctona en nuestro país. Esta fue otra de sus grandes generosidades. Y yo nunca podré agradecerle lo suficiente. 